

el pretexto de embarcar en su escuadra tropas de refuerzo. Cerrado el invierno, mandó desembarcar á la tropa y olvidó á Medinaceli. El supuesto sucesor del duque de Alba estaba aún en Santander, con su escuadra y sus tropas de desembarco, el 13 de mayo (1), cuando llegó la noticia de la catástrofe.

III.—Sublevacion de Holanda

Todavía quedaban algunos centenares de los *gueux*, de los vencidos, de los proscritos. Tenían por jefe á Guillermo de Lumey, que se titulaba *conde de La Marck* (2), y habia jurado no cortarse los cabellos ni la barba hasta haber vengado al conde de Egmont. Refugiados en algunos barcos vivían de la piratería y se les conocía por la denominacion de perdidos de mar (*gueux de mer*).

La noche del 1.º al 2 de abril de 1572 tomaron por sorpresa la plaza fuerte de la Brielle y se instalaron en ella.

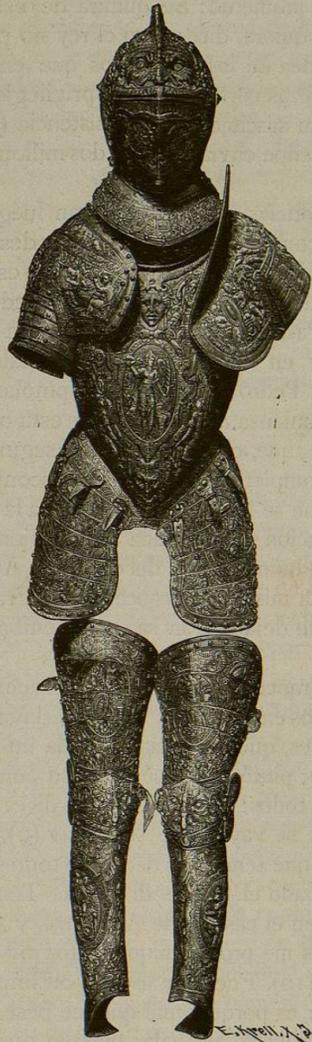
El duque de Alba no comprendió acaso la importancia de este suceso, pues ni siquiera lo creyó digno de participarlo al rey. No sospechaba tampoco la exasperacion de aquellos ánimos que habia conocido tan dóciles. Pero todos los días le anunciaban la sublevacion de otro y de otro pueblo, hasta perder la mitad de la isla de Walcheren y la importante ciudad de Flessinga: Harlem, Leyde, Alkmaar enarbolan la bandera de Orange. Túrbase el duque y escribe á fines de mes una carta desesperada.—No me atrevo, dice, á mover la infantería á la que debo catorce meses de soldada. Si el rey aparta la intervencion de Francia y me envía dinero, todavía se pueden salvar las provincias; pero anheló sobre todo ver llegar al duque de Medinaceli. Lo que más daña en estos momentos es el odio que me tienen por los castigos que me he visto obligado á imponer (3).—La escuadra no está segura; los burgueses de Enckuizen, donde esta está fondeada, están de inteligencia con los marineros holandeses; siete navíos ya en marcha para atacar á Flessinga vuelven al puerto por no haberlos seguido los otros; el duque tiene que suplicar á los burgueses que permanezcan fieles y dejen partir á la escuadra, prometiéndoles privilegios y el perdón de este segundo levantamiento. Si me pidieran á todos mis hijos, dice, se los entregaría de buen grado: tan dura es la situación en que me encuentro á cau-

(1) *Doc. inéd.* pág. 569.

(2) *Corresp. de Felipe II*, tom. II, pág. 245.

(3) *Ibid.* tom. II, p. 245, del 26 de abril de 1572.

sa de los de Enckuizen. Pero tiempo vendrá, si á Dios place, añade, en que ponga yo remedio á esto, y no olvidaré á los siete capitanes que han vuelto sus naves al puerto (4).



Armadura del duque de Alba
(Armería real de Madrid)

La infantería española comprende el peligro y deja de reclamar sus atrasos, y es enviada contra Flessinga; pero en esto llegan noticias alarmantes: es inminente la guerra con Francia (5), y el duque de Alba comprende que no está en aptitud de sostenerla. Va á tener la vergüenza de ver á Carlos IX arrebatarle aquellas provincias de cuya sumision estaba tan orgulloso, y suplica á Felipe II que le envíe tropa y dinero, pero sobre todo, que evite de cual-

(4) *Corresp. de Felipe II*, tom. II, pág. 251, del 23 mayo 1572.

(5) *Ibid.* pág. 258, del 24 de mayo.

quier manera que sea un rompimiento con Francia (1). Llama hácia el Henao el ejército que iba á sitiar á Flessinga, hace ahogar en Rupelmonde á todos los franceses que encuentra, pero con el mayor sigilo para no dar motivos de queja á Carlos IX (2); concentra sus fuerzas cerca de la frontera francesa y abandona el Norte.—No cuento ya en Holanda, decia, sino con las dos ciudades en que he dejado presidios; tres navíos de la escuadra se han ido con los insurrectos y creo que será seguido el mal ejemplo (3).—Así el amago de una intervencion de Francia permite á Holanda armarse, constituirse para siempre.

IV.—Preparativos de guerra en Francia

Francia en este período estaba sometida á las oscilaciones de una política sin equilibrio. Catalina habia querido hacer de su hijo predilecto, Enrique de Valois, el jefe de los católicos de la nacion, y sacrificando de pronto sus prácticas de moderacion, hizo saber á su canciller Lospital «que seria muy incómodo para todas las cosas que á todas horas se ofrecieran enviar por los sellos á su casa» (4). El grande hombre entregó los sellos. Son frecuentes en nuestra historia los casos en que los moderados sucumben ante los violentos, en que las pasiones populares proscriben la política de los más prudentes, en que los excesos imponen silencio al buen sentido. Este culpable giro determinó una nueva guerra civil en Francia y nuevas humillaciones ante Felipe II. Catalina tuvo que resignarse otra vez más á oír las insolentes reconvencciones del embajador y á implorar el socorro de un cuerpo auxiliar de tropas españolas. El cardenal de Lorena, que preferia la conservacion de sus beneficios á la existencia misma de Francia, aconsejó al duque de Alba que exigiera á cambio de este socorro la entrega de nuestras plazas fuertes del Norte.—Seria, en efecto, una prenda preciosa, escribia el duque á Felipe (5), la cual no soltaríamos ya nunca, y si el rey muriera, estas plazas nos permitirían tomar el resto de Francia como herencia de la infanta, porque la ley sálica no se puede tomar como cosa séria.

Pero este mismo cardenal de Lorena, que se ocultaba bajo el pseudónimo de *Verbum Domini* para trasmitir á nuestros enemigos los

(1) *Corresp. de Felipe II*, tom. II, pág. 261, del 13 junio 1572.

(2) *Ibid.*

(3) *Ibid.* pág. 266, del 2 julio.

(4) Ms. Arch. nac. M. 231, del 7 oct. 1568.

(5) *Corresp. de Felipe II*, tom. I, pág. 593.

secretos de Estado (6), señaló muy luégo un nuevo giro.—Estad sobre aviso y desconfiad, escribia en español á Felipe II: los rebeldes proponen reunir sus fuerzas con las nuestras para un ataque general contra vuestros Países Bajos.

Era la solucion verdadera, el término de nuestras desgracias. La idea debió ser sugerida á Coligny por el príncipe de Orange, cuando despues de haber licenciado en Strasburgo á los alemanes que no habian querido batirse con las tropas del duque de Alba, vino á Francia á reunirse con el ejército protestante. Esta política era tan evidente, que la idea fija del duque de Alba era combatirla manteniendo entre nosotros disensiones intestinas. «Es la razon porqué se complace tanto en la division de vuestros súbditos,» escribia Forquevaux á Carlos IX (7).

Para apreciar la perspicacia de un enemigo que miraba nuestra entrada en las provincias francesas de los Países Bajos como la ruina de la preponderancia española, y para conocer bien el odio que ocultaban los halagos diplomáticos, es curioso echar la vista sobre el cuadro de la corte de Francia y los retratos de sus principales personajes, que Don Francés de Alava dejó á su sucesor al retirarse á fines de 1571.

«Es el dicho rey (Carlos IX) (8) malencónico, cetrino, inclinado á ejercicios comunes torpes, como es saltar, hacer cosas de fuerza, algo inclinado á las armas á pié y á caballo; exercítalas con desgracia y desatino, y huelga de que le digan que lo hace muy bravamente. Es desamorado notablemente con mujeres, ruyn galan con la suya, aunque dicen que buen marido, y á mí, sin preguntárselo, me lo ha dicho alguna vez... A ninguno de los de su cámara diz que quiere bien... En la desproporcion grande que tiene en la cabeza, de pequeña se le ve... Mantiene pocas cosas de las que promete. La pasion que tiene por la caza es increíble; acierta á seguir un venado á pié sin zapatos ni bonete cinco ó seis horas. Ha comenzado á quedar dos ó tres noches, con esta ocasion de la caza, á dormir fuera de su casa, de lo cual me dicen que la Reyna christianísima ha comenzado á dolerse y llorar de celos.

» Ha dado en renegar secamente de Nuestro Señor por cualquier cosita, por hacer del bra-

(6) Ms. Arch. nac. Carta del 13 de enero 1569, traducida por Croze (*Los Guisas y los Valois*, tom. I, pág. 325). Muchas otras cartas del mismo género corren traducidas en este libro.

(7) Ms. Bibl. nac. 10752, fol. 835, del 18 octubre 1570.

(8) Ms. Arch. nac. K. 1527, pieza 67. Este documento, uno de los más curiosos de la época, parece completamente inédito.

vo, y va olvidando harto el Jesus que perpetuamente tenia en la boca. Hay pocas mujeres que sean católicas en la corte, si puede decirse católicas de las francesas con las opiniones del país. La condesa de Retz es latina y griega, de espíritu terrible, discípula del obispo de Dax, que fué por embaxador al Turco, agora herético, heretiquísimo. Hablando por el respeto debido, la reyna madre es tenida en posesion de muy liberal, amiga de holgar en banquetes y fiestas. Quiere hacer de su hijo de Anjou un huguenote: de manera que ha estado en poco no se haya publicado por tal huguenote y él andaba diciendo: Yo soy el pequeño huguenote, pero yo lo seré grande.

»Gobiernan á la dicha Reyna Morvilliers y Limoges. El Limoges es arrojado del todo á los demonios y de muy bajo lenguaje; el Morvilliers más retenido, frio, frigidísimo en las cosas de la religion, que aunque tiene nombre de católico, yo lo tengo por tan hereje como al otro. Cuanto á los ministros son cuatro: uno que se llama Villeroy es el que se lleva al agua á los otros; al Fize que es tenido por católico le excluyeron.

»A la dicha reyna madre se le conoce el mucho odio que tiene á S. M.: es la más sospechosa criatura que Dios crió; por maravilla cumple cosa que promete, no sabe guardar secreto ninguno, y cuando quiere saber alguna cosa, importuna por ella mucho prometiendo el dicho secreto; es temerosísima y amiga de que la hablen blandamente. En hablándole en materias de la religion acierta á arrasarse luego los ojos de agua y decir que seria la más ingrata mujer que nació á Dios, si particularmente ella no mirase por las cosas de su servicio, y suele salirse dellas con risas y con ademanes de mucha promesa y diciendo: Vos vereis qué bien irán las cosas poco á poco. No hay cosa que á ella tanto la contente que hablarle flojamente en las cosas de nuestra Santa fe cathólica.

»El duque de Anjou es bueno, muy blando, muy suave, muy ninfa, dado todo á las damas, la una le mira la mano, la otra le tira las orejas: desta manera pasa una buena parte de su vida.

»El cardenal de Borbon es hombre de muy poco entendimiento; ni propone ni responde. El de Lorena es la ambicion y la codicia del mundo; hombre que en teniendo lugar se pierde de soberbia y no teniéndole de flaco. El de Guisa no es nada.

»Los mariscales son seis, y si fueran siete, se pudieran comparar á los pecados mortales.

Cossé es atheista; Vieilleville es tenido en la misma opinion de atheista, aunque se confesó agora ha un año.»

Don Francés tenia buenas razones para poner á Felipe en guardia contra su antigua suegra y hablar de la corte del Louvre con animosidad: la política de Francia se acentuaba contra España. Nuestra obra era compleja: asegurar la benevolencia de Inglaterra, la alianza de los príncipes luteranos de Alemania y la confianza de los calvinistas franceses; despues apoderarnos de las provincias francesas de los Países Bajos y compartir las otras entre Inglaterra y los Nassau.

La primera parte de este plan fué hábilmente ejecutada.

Catalina, que ofreció su hijo en matrimonio á la reina de Inglaterra, comprendió desde luego que este paso no se tomaba en serio; pero hubo de complacerse en seguir las negociaciones para jugar su partida con una mujer versátil é indecisa á quien queria y esperaba separar definitivamente de Felipe II. A este fin le hizo proponer una alianza formal contra España (1). Pero donde con más habilidad se llevó la intriga fué con los príncipes luteranos de Alemania. Carlos IX envió á Schonberg al soberano de Sajonia para declararle «que entraria de muy buena gana en amistad é inteligencia con él, y con los demás príncipes de la Germania, sus antiguos amigos, como los de las casas del Palatinado, Brandeburgo, Brunswich, Wurtemberg, el Landgrave y otros» (2). Estos ofrecimientos seducen á la mayoría de ellos. «El duque de Brunswich es absolutamente vuestro,» escribe el enviado. El duque de Wurtemberg declara: «En el caso de que el rey de Francia quiera emprender alguna cosa contra los Países Bajos y que haga entender al elector de Sajonia que el rey de España está en términos de asaltarlo, se hará la farsa muy luego.» Sólo el elector de Brandeburgo permanece «frio y rehacio para venir á las particularidades.» El matrimonio de Carlos IX con la hija del emperador facilita estas negociaciones. Las pretensiones de alianza se habian llevado al más exquisito refinamiento: hasta se habia tenido el lujo de tantee la de Venecia, no sin la secreta esperanza de arrancar los navíos de la república á la armada de la liga contra el turco, para exponer así á Felipe II á verdaderos peligros en las costas de España. «Ese veneciano es venido aquí

(1) Froude, tom. X, pág. 381.

(2) Colec. de Groen Van Prinsterer, tom. IV, Suplemento, p. 1.

sólo por tentar si podrán hacer paz con el turco, escribe el embajador español desde Blois (1). Y yo oy con mis orejas decir al de Venecia que los que se embarazan con el rey Felipe quiere que sean sus esclavos.»

En fin, Catalina extrema sus esfuerzos con los reformados de Francia. Quiere casar á su hija con Enrique de Navarra, sin dejar de decir y hacer creer á Felipe II que la destina al rey de Portugal (2). En los primeros momentos se opone Coligny á la union del jefe de su partido con la hermana del rey de Francia, siendo su proyecto casar á Enrique de Navarra con la reina de Inglaterra. El joven príncipe está indiferente entre estas dos negociaciones, «parece de una naturaleza que se burla de todo y aun de sí mismo, como comienza ya á burlarse de su matrimonio» (3). Pero su madre, Juana de Albret, oye las proposiciones de Catalina con la esperanza de convertir á Margarita de Valois á la Reforma. «Si abraza la religion, puedo decir que somos los más felices del mundo; y no sólo nuestra casa, sino todo el reino de Francia tendrá parte en esta dicha» (4). Mas para esto, no es menester que su hijo venga á ser un simple instrumento en las hábiles manos de Catalina. «Preciso es, dice al joven príncipe (5), que tengáis una invencible constancia contra todos los halagos que os puedan hacer para corromperos, porque ya sé que este es el fin que se proponen.» Ella misma, la pobre Juana de Albret (6), no está segura de sustraerse á los manejos é intrigas de aquella soberana, á quien está acostumbrada á temer y lisonjear «y que se agita, ya por el temor de los alemanes, ya por el del Papa y los católicos, queriendo engañarlos á todos. Tengo la mayor paciencia que oisteis jamás decir. En cuanto á mi hijo, no hay necesidad de que venga hasta que todo esté bien resuelto. Y todavía, si se ha de casar por procurador no se moverá hasta que venga á hacer el oficio que no se hace por procurador. Es una mortificación esta corte: me aburro en ella extremadamente. Compadedmedme por ser la persona más trabajada del mundo: estoy asediada de amigos y enemigos. Si tuviera que estar un mes como estoy, caería enferma, y no sé si ya lo estoy, pues no me hallo á mi gusto...»

(1) Ms. Arch. nac. K. 1530, p. 1.ª, Don Diego de Zúñiga al rey.

(2) *Ibid.* 10752, fol. 1124, agosto de 1571, *Correspondencia de Fourquevaux*.

(3) La Huguerye, *Memorias*, tom. I, pág. 70.

(4) Ms. Bibl. nac. Dupuy, vol. 211, fol. 38, del 21 febr. 1572.

(5) *Ibid.* fol. 41, del 25 de febr.

(6) Ms. Bibl. nac. franc. 2748, fol. 119, Juana de Albret á Beauvois, 11 de marzo de 1572.

Coligny se adhirió á este proyecto de matrimonio, fué iniciado por el rey en el plan concertado sobre Flandes, y preparó una Memoria sobre esta expedicion militar (7).

El acuerdo fué declarado públicamente (8) el 4 de abril de 1572; Felipe II, que se habia pronunciado enérgicamente contra las inteligencias con los herejes (9), no pudo reprimir su indignacion al saber que se habian entendido, y envió al secretario Zayas á ver á Saint-Gouard, nuestro nuevo embajador en Madrid (10) para hacerle saber «de cómo extrañaba grandemente que tan prudente princesa no hubiera ántes bien elegido para el matrimonio un rey tal como era el rey de Portugal, hablando del asunto con mucho enardecimiento.»

La inteligencia con los hugonotes no era el único agravio de Felipe II; sus espías le hacian saber nuestros preparativos militares y nuestros proyectos sobre los Países Bajos.

Blas de Montluc habia cortado su correspondencia secreta con él; despues se disculpará diciendo que sus heridas lo habian tenido imposibilitado (11). Pero su capitan Felipe Bardaxí, que se habia naturalizado en Francia para alejar mejor las sospechas, continuó enviando informes secretos al príncipe de Eboli (12). Además, el cardenal de Lorena tiene menos vergüenza que Montluc y no tiene escrúpulo en revelar al duque de Alba (13) que esté ojo alerta, pues entiende que la escuadra se destina á una expedicion contra los Países Bajos.—Sin embargo, con ese menosprecio que manifiestan los españoles para con los extranjeros que los sirven, como se ha visto ya con Montluc y el duque de Arschott y como se verá despues con Enrique de Guisa, el duque de Alba añade: «El cardenal de Lorena es insolente en el favor y inútil en la desgracia.» Es poco más ó menos el juicio de Don Francés de Alava (14).

Los servicios prestados por la Compañía de Jesus al rey de España eran mejor apreciados.

(7) Ms. Bibl. nac. franc. 23335.

(8) *Boletín de la Historia del Protestantismo francés*, tomo XI, pág. 271. Sin embargo, el contrato del matrimonio es del 11 de marzo anterior. Ms. Arch. nac. K. 1528, pieza 39.

(9) Ms. Bibl. nac. franc. 10752, fols. 1181 y 1204.

(10) *Ibid.* n.º 16104, fol. 9, Saint Gouard á la reina madre, del 14 de abril de 1572. Fourquevaux habia salido de Madrid pocas semanas despues de haber salido de Paris Alava.

(11) Ms. Arch. nac. K. 1537, carta del 1.º de marzo de 1575, en la que Montluc se disculpa de no escribir desde 1571.

(12) *Ibid.* K. 1526, pieza 32, del 7 abril 1572.

(13) *Corresp. de Felipe II*, tom. II, pág. 267. Alba al rey, 18 de julio de 1572.

(14) Por una curiosa coincidencia es tambien la opinion de Lestoule, *Diario de Enrique III*, tom. I, pág. 49. «Era muy insolente; no miraba á nadie ni hacia caso de nadie; pero en su adversidad era el mas dulce, cortés y gracioso que se podia ver.»